

Introducción

Cuando, a finales del año 2000, convocados por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País y por los hispanistas dieciochistas de la Universidad de Toulouse-Le Mirail, nos reunimos en la capital del Languedoc para dar curso al *I Seminario Peñaflorida*, la intención era doble. Por una parte, tratábamos de dar continuidad a una apreciable empresa de antaño, desgraciadamente hogaño abandonada: me refiero a los *Seminarios de historia de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*, de los que, entre 1985 y 1996, se celebraron cinco, con desiguales (ley del género) aunque interesantísimos resultados. Por otra parte, desde Toulouse se alentaba la búsqueda de renovadas vías para el tratamiento de la cuestión societaria en la España de las Luces, ofreciendo la Vascongada, en este sentido, por la riqueza y variedad de sus fondos conocidos y por conocer, un ámbito de estudio privilegiado.

Algunas de esas vías quedaron apuntadas desde el principio: el estudio de ciertas categorías conceptuales sorprendentemente descuidadas aunque inseparables del entendimiento de la Vascongada, tales como la *Amistad* o la propia *Amistad del País*, la atención específica que reclama la *fuentes epistolar*, generalmente vista más como apéndice que como elemento estructurante de la interpretación, la operatividad que proporciona la noción de *red*, y, en primer lugar, de *red epistolar...* son otras tantas pistas susceptibles de incorporar a los contenidos factuales e institucionales nuevos elementos destinados tanto a problematizar como a enriquecer la explicación, y, en cualquier caso, a abrir el debate. Esa fue la intención con que se lanzaron los *Seminarios Peñaflorida*, cuya vocación inicial –servir de punto de encuentro de los investigadores que trabajan sobre la Vascongada–, es plausible concebir hoy como armazón de un equipo disperso aunque cohesionado en torno a un programa concreto de investigaciones.

Por eso, si el *I Seminario* (2000) significó el lanzamiento de un programa de trabajo sobre la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, desde una perspectiva abierta y general, el *II Seminario* (2003) ha tratado de dibujar unas orientaciones de trabajo más específicas en torno a la fuente y al texto epistolar. Los resultados –primeros resultados de lo que queremos sea una sistemática indagación– llegan hoy a manos del lector. Su evaluación nos hace ver tanto el interés intrínseco que ofrece y que despierta esta fuente, como las vacilaciones, búsquedas (material y metodológica) y exigencias que su tratamiento científico impone. En mi *Introducción* a las actas del *I Seminario*¹ quedaron apuntadas algunas reflexiones que no es necesario reiterar aquí. Creo necesario recordar, en cambio, la ardiente obligación que impone, en nuestro caso, la cuestión de las fuentes y la vuelta a las mismas o su indagación.

Como es sabido, uno de los obstáculos con que tropiezan las investigaciones sobre la Vascongada reside en la dispersión y parcial conocimiento de las fuentes en que se apoyan. Tal situación, en vías de mejora, no debe incitarnos a la pereza o la inacción, sino todo lo contrario. A sabiendas de que tal dato condiciona, obviamente, métodos e interpretaciones. Pero ¿debemos contentarnos con unos resultados piadosamente repetidos, cerrando vías a la investigación, tras constatar la evidencia, o sea la ruptura en las series documentales? Obvio es que en Simancas no se encierra sino una parte de la masa documental generada en tiempos de la España imperial. Disparate sería pensar que pérdidas, destrucciones y otros avatares paralizan la indagación sobre aquellos siglos. No es, ciertamente, la metodología basada en la existencia de series documentales más o menos completas la única que puede practicarse en la aproximación a los hechos y personajes del pasado. *Mutatis mutandis*, las investigaciones sobre la Vascongada deben proseguir sin desmayo, apoyándose con rigor en lo existente y contando con la plausible colaboración de todos aquellos que, desde ámbitos distintos, pueden contribuir a la esperanzadora tarea de reconstituir o completar las series hoy disponibles. Para los responsables de la constitución y conservación de esas series, su ordenación y

(1) *Amistades y Sociedades en el siglo XVIII. La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País*. Edición de A. Risco y J.M. Urkia, San Sebastián, 2001.

entrega intelectual al investigador es misión de servicio público. Para quienes, desde el ámbito personal o familiar, pueden aportar su gránito o su montón de arena, su contribución, libremente asumida, hecha cuenta de los mecanismos técnicos y jurídicos puestos hoy al servicio de una legítima protección, es responsabilidad cívica. Para los investigadores, la tarea de poner al servicio de esa causa común sus competencias es una obligación profesional compleja pero gozosa. Hagamos País.

Y en este sentido, a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, que da asombrosa continuidad a la lejana empresa de Peñaflores y los primeros Amigos, le corresponde un importante papel, el papel que, con clarividencia y encono, asumieron Peñaflores y los suyos: la mediación cultural. Hoy la Vascongada puede ser vista como un lugar de encuentro y convergencia de la sociedad civil (que ofrece la riqueza de su diversidad) con los ámbitos académicos (universidades y centros de investigación) e institucionales (servicios administrativos e instancias decisorias). Ciñéndome a mi especialidad, entiendo que su intermediación en la articulación concreta de los proyectos no es más que la actualización, adaptada al siglo XXI, de un ejercicio al que se entregaron con convencimiento aquellos vascos del Siglo de las Luces.

En la construcción de ese ejercicio colectivo, la carta, indispensable mecanismo de comunicación personal e intelectual, y la red epistolar, vehículo de la construcción societaria, fueron dos sólidos aunque inciertos pilares. Por eso, el rico repertorio epistolar dejado, a ambos lados del Atlántico, por la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País suministra un material de estudio de primer orden. Verdad es que, en Europa, la escritura del siglo de las Luces, tanto en su variante ficticia como en la práctica cultural y social, se adapta con inusitada frecuencia al molde epistolar. Inseparable del triunfo del sentimiento que revela la literatura y del fenómeno societario que contribuye a vertebrar una sociedad cambiante, la carta acompaña así la transición a la contemporaneidad. La idea que dio paso al *II Seminario Peñaflores*, continuación del celebrado en Toulouse en el año 2000, fue convocar a estudiosos procedentes de diversas universidades europeas y latinoamericanas (México) deseosos de profundizar en la consideración crítica de la escritura epistolar, tanto desde el punto de vista textual como epistemológico.

Esta perspectiva explica la estructuración en cuatro secciones de las contribuciones aquí reunidas. Contribuciones que aúnan diversidad y convergencia en un objeto también diverso, polisémico.

I. ¿Cómo olvidar, en efecto, que junto a las cartas *reales*, efectivamente escritas un día y desde un lugar para un destinatario que efectivamente las recibió otro día y en otro lugar, proliferan en el siglo de las Luces las cartas *ficticias*, esas cartas que *no son correspondencia*, sino otra cosa: diálogo intelectual imaginario, recurso en la elaboración de la ficción literaria, arma en el combate ensayístico o ideológico...? Trasunto de lo real o variante de las costumbres de una época, esas cartas cohabitan con las que, en similar molde, escriben los contemporáneos para articular sus relaciones: cartas escritas por los comerciantes bilbaínos en el ámbito de sus lazos de negocio y familia (*Elena Alcorta Ortiz de Zárate*), cartas intercambiadas entre padres e hijos asturianos cuando al deseo de movilidad social se une la inquietud que propicia la separación física (*Alvaro Ruiz de la Peña Solar*), cartas que acompañan la comunicación científica y médica, rasgo de identidad del siglo (*Juan Riera Palmero*)... Junto a estas cartas reales, otras cartas *familiares* (*Antonio Astorgano Abajo*) o *eruditas* (*Elena de Lorenzo Alvarez*), y las novelas *epistolares* (*Begoña Sarrionandia Gurtubay*) dan cuenta de la ubicuidad del fenómeno.

II. La necesidad de inventariar los fondos epistolares reales, los *epistolarios*, resulta paso ineludible para el progreso de la indagación. Los fondos reunidos en el Instituto Feijoo de Oviedo (*Inmaculada Urzainki*), los que incentivan “la desesperada búsqueda de archiveros y eruditos” (*F. Borja de Aguinagalde Olaizola*) o los que útilmente han sido organizados en Vitoria (*María Camino Urdiain Martínez*) son otros tantos ejemplos –no únicos, desde luego, pero sí emblemáticos– de lo que se ha hecho y de lo que queda por hacer. Pues bien, los fondos depositados en Vitoria nos llevan precisa y derechamente a la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País.

III. Las correspondencias societarias –como la que, con altibajos pero sin renuncias, construye a lo largo del siglo XVIII la Vascongada– son, en la Europa de las Luces, parte importante de esa red de comunicación, de esa *toile* cuya opacidad va progresivamente rompiéndose gracias a significados trabajos, como los reunidos recientemente por

Pierre-Yves Beaurepaire². En el caso que nos ocupa, es interesante comprobar cómo la comunicación y la modernización científicas, pronto urgidas por Peñafiorida y sus primeros amigos, encontraron también un práctico acomodo en las cartas ficticias, en esas cartas escritas por uno(s) *críticos* que se motejaron de *aldeanos*, no sin humor (*Christine Silanes-Navas*). Pero la complicidad del “triumvirato” azcoitano y su contribución a la modernidad, no habrían sido posibles sin aquella *amistad* que hizo viable, como fehacientemente ha demostrado Cécile Mary Trojani³, la *Amistad del País*. Un epistolario real, compuesto por la nutrida correspondencia intercambiada entre el Conde de Peñafiorida y Pedro Jacinto de Alava, sirve ahora a esta autora para explorar, a través del prisma de los *tratamientos*, el nexo íntimo, al tiempo sólido y frágil, sobre el que se asentaba el proyecto de la Vascongada. Aplicación práctica de este proyecto era la *industria popular*; esa transición a la manufactura con la que el administrador Campomanes quería proporcionar *ocupación útil a todos*, inspirándose veladamente en las propuestas y realizaciones de la emprendedora Vascongada (*Antonio Risco*). Pero aquí la utopía iba de la mano de la tecnología, lo que los Amigos del País pronto comprendieron, propiciando la investigación y hasta el espionaje tecnológicos. Los Delhuyar ilustran perfectamente esta proyección. Y, como no podía ser menos, los Delhuyar también escribieron cartas, constituyendo un notable epistolario (*Jesús Palacios Remondo*). Trascendiendo las épocas, una compleja red epistolar, no siempre operativa —pero ¿debe ser éste el único norte de la indagación?—, va a ser así tejida, desde el Conde de Peñafiorida hasta Norbert Tauer (*Emilio Múgica Encotegui*), pasando por todos aquellos que, en un mapa variopinto actualmente en estudio en Toulouse, articulan un sistema de comunicación que participa al tiempo del ansia de conocimientos inherente a la *Ilustración* y de la logística societaria más elemental.

(2) *La plume et la toile. Pouvoirs et réseaux de correspondance dans l'Europe des Lumières*. Etudes réunies par Pierre-Yves Beaurepaire. Artois Presses Université, Arras, 2002.

(3) Cécile Mary Trojani, *L'écriture de l'amitié dans l'Espagne des Lumières. La Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, d'après la source épistolaire (1748-1775)*. Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 2004.

IV. Parte de esta logística societaria era la comunicación con las colonias, muy inspirada por las preocupaciones pecuniarias que condicionaban el día a día de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Nuestro *II Seminario* fijó así su atención en la Nueva España, con el deseo de integrar en el futuro, en su programa de investigaciones, los intercambios epistolares ultramarinos. Quedan aquí ya consignados, como apertura e incitación a profundizar en las pistas que nos llevan hasta la Vascongada, algunos ejemplos significativos por su naturaleza y continuidad, como el suministrado por jesuitas y comerciantes (*María Cristina Torales Pacheco*). Fortalecido queda asimismo con ellos el valor de la fuente epistolar, tanto para dibujar *viñetas* de lo real (*Guadalupe Jiménez-Codinach*) como para indagar en los entresijos de una comunicación que no sólo cuenta para el desvelamiento de lo íntimo o de lo societario, de lo familiar o de lo profesional, sino también para arrojar más luz sobre el entramado de intereses políticos y económicos (*Raymond Buve*) que contextualiza la relación entre colonias y metrópoli.

Tras la tarea cumplida, la prosecución del proyecto. La rehabilitación del palacio de Peñaflores en Azcoitia, la instalación en el mismo de la sede matriz de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, la creación del *Instituto Munibe de estudios del siglo XVIII*, son otras tantas perspectivas que impiden el desánimo y animan a seguir en la brecha. Consolidado con esas estructuras de acogida y trabajo un programa adecuado de investigaciones, publicaciones y encuentros científicos, aglutinado un equipo en torno a ese programa, incentivada la iniciativa de los más jóvenes, cabe mirar ya confiadamente hacia nuestro *III Seminario*, un seminario que podría ser el de la presentación de resultados específicos en base a un trabajo de equipo orientado hacia la explotación sistemática de las fuentes epistolares de la Vascongada y su publicación.

ANTONIO RISCO
UTM, diciembre de 2003